

todas las gentes á las puertas é ventanas por ver á su señora, que de todos muy amada era, é al caballero, que por sus grandes hechos en mucho tenían; é parecíales el mas hermoso é apuesto que habian visto, é pensaban ellos que no habia hecho mayor cosa en armas que haber vencido á Brandasidel, segun era dudado é temido de todos. Así llegaron al palacio de la dueña, é allí le hizo ella aposentar en una muy rica cámara guarnida, como casa de tal señora, é hizole desarmar é lavar las manos y el rostro del polvo que traía, é diéronle una capa de escarlata rosada que cubriese. Cuando Grasinda así lo vió fué maravillada de su gran fermosura; que no pensaba ella que tal hombre humano tener podiese, é hizo venir allí luego un maestro de curar llagas suyo, el mejor é mas sabido que en gran parte se hallaria, é católe la ferida de la garganta, é dijo-le: «Caballero, vos sois herido en lo peligroso, y es menester de holgar; si no, veros hi-ades en gran trabajo.—Maestro, dijo él, ruégoos por la fe que á Dios é á vuestra señora, que aquí está, debeis, que tanto que yo sea en disposicion de poder cabalgar me lo digais, porque á mí no conviene haber algun descanso ni reposo fasta que Dios, por la su merced, me llegue á aquella parte donde mi corazon desea.» E diciendo esto, le creció tal cuidado, que no pudo excusar que las lágrimas á los ojos no le viniesen, de que hobo mucha vergüenza, é alimpiándolas presto, hizo alegre semblante. El maestro le curó la ferida é le dió á comer lo que era menester, é Grasinda le dijo: «Señor, folgad é dormid, é irémos nosotros á comer, é veros hemos cuando fuere tiempo, é mandad á vuestro escudero que sin empacho demande todas las cosas que menester hobiéredes.»

Con esto se despidió, y él quedó en su lecho, pensando muy afincadamente en su señora Oriana, que allí era todo su gozo é toda su alegría, mezclada con tormentos é pasiones que continuo en uno batallaban, é ya cansado, se adormeció. De Grasinda os digo que desde que hobo comido se retrajo á su cámara, y echada en su lecho, comenzó á pensar en la hermosura del caballero de la Verde Espada, y en las grandes cosas que dél le habian dicho; é como quiera que ella tan hermosa é tan rica fuese é de tal linaje, como sobrina del rey Tafinor de Bohemia, é casada con un gran caballero, con el cual no vivió sino un año, sin dejar fijo alguno, determinó de lo haber por marido, aunque dél otra cosa no veía sino ser un caballero andante; é pensando en cuál guisa gelo haría saber, vínole en mente cómo le viera llorar, é cuidó que aquello no sería sino por amor de alguna mujer que amase, é no la podía haber. Esto la hizo detener fasta que de su hacienda mas saber podiese; é sabiendo ya cómo él era despierto, tomando consigo sus dueñas é doncellas, se fué á su cámara por le honrar, é por el gran placer é deleite que en sí sentía en le ver é hablar, é no menos lo había él; pero muy desviado de su pensamiento de lo que ella pensaba. Así estaba aquella dueña faciéndole compañía, dándole todo el placer que se le podía dar. Mas un día, no lo pudiendo mas sufrir, apartando á Gandalin, le dijo: «Buen escudero, que Dios vos ayude é haga bienaventurado, decidme una cosa, si la sabeis, que os quiero

preguntar, é yo vos prometo que por mí nunca será descubierta, y esto es, si sois sabidor de alguna mujer que vuestro señor ame extremadamente de afincado amor.—Señora, dijo Gandalin, yo há poco que vivo con él y este enano, que por las grandes cosas que dél sopimos nos otorgamos á lo servir, y él nos dijo que le no preguntásemos por su nombre ni por su hacienda, sino que nos fuésemos luego á buena ventura, é desque con él quedamos hemos visto tanto de sus proezas é valentías, que nos ha puesto en gran espanto, como aquel que sin duda, Señora, podeis creer que es el mejor caballero que en el mundo hay, y de su hacienda no sé mas.» La dueña tenía la cabeza baja é los ojos, é pensaba mucho. Gandalin, que así la vió, pensó que amaba á su señor, é quisola quitar de aquello que por ninguna guisa alcanzar podia, é dijo-le: «Señora, yo le veo muchas veces llorar, é con tan gran angustia de su corazon, que me maravillo cómo la vida puede sostener. Y esto creo yo que, segun su gran esfuerzo, que todas las cosas bravas é temerosas en poco tiene, que de otra parte no le puede venir sino de algun demasiado afincado amor que de alguna mujer tenga, porque esta es una tal dolencia, que al remedio della no basta esfuerzo ni discrecion alguna.—Si Dios me salve, dijo ella, yo creo lo que me decis, é mucho os lo agradezco; idvos para él, é Dios le ponga remedio en sus cuitas.» Y ella se fué á sus mujeres con voluntad de no se trabajar de allí adelante en lo que pensaba por le ver tan sosegado en sus hechos é palabras, creyendo que no se mudaría de su propósito.

Así como ois estovo el caballero de la Verde Espada en casa de aquella gran señora hermosa é rica dueña Grasinda, curándose de sus llagas, donde recibió tanta honra é tanto placer, como si de caballero pobre andante que parecia, fuera manifestado á ella ser fijo de tan noble rey como lo era el noble rey Perion de Gaula, su padre. Y cuando en disposicion de poderse armar se vió, mandó á Gandalin que le toviese aparejado las cosas necesarias al camino. El le dijo que todo estaba enderezado; y estando en esto hablando, entró Grasinda, é con ella cuatro doncellas suyas, y él á ella saliendo, tomándola por la mano, se asentó en un estrado encima de un paño de seda labrado con oro é dijo-le: «Mi señora, yo soy en disposicion de andar camino, é la honra que de vos he recibido me pone gran cuidado cómo la podré servir; por ende, mi señora, si en algo mi servicio os puede placer acarrear, con toda voluntad se porná en obra.» Ella le respondió: «Ciertamente, caballero de la Verde Espada, así como lo decis lo tengo yo creído, é cuando la satisfacion del placer é servicio que aquí hallastes, si alguno fuese, demandare, entonces sin ningun empacho ni vergüenza será descubierto á vos lo que ninguno hasta hoy de mí ha sabido; pero tanto os ruego me digais á cuál parte se otorga mas vuestra voluntad de ir.—A la parte de Grecia, dijo él, si Dios lo enderezare, por ver la vida de los griegos, é á su emperador, de quien buenas nuevas he oído.—Pues yo quiero, dijo ella, ayudar al tal viaje, y esto será que os daré una muy buena nave, bastecida de marineros, que os serán mandados, é de viandas que para un año basten; é daros he al

maestro que os curó, que se llama Elisabat (1), que á duro de su oficio en gran parte otro tal se hallaria, á condicion que siendo en vuestro libre poder, seais en esta villa conmigo dentro de un año.» El caballero fué muy alegre de tal socorro, que mucho lo había menester; y en gran cuidado era puesto, pensando dónde lo habria, é dijo-le: «Mi señora, si os yo no sirviese estas mercedes que me haceis, tenerme-hi-a por el caballero mas sin ventura del mundo, é por tal me ternia si por empacho ó vergüenza supiese que lo dejábades de demandar.—Mi señor, dijo ella, cuando Dios os trajiere deste viaje yo os demandaré aquello que mi corazon mucho tiempo ha deseado, que será en acrescentamiento de vuestra honra, aunque algun peligro se aventure.—Así sea, dijo él, é yo fio en la vuestra gran mesura que no me demandará sino cosa que yo con derecho otorgar deba.—Pues folgaréis aquí, dijo Grasinda, estos cinco dias, en tanto que las cosas al camino necesarias se aparejan.» El acordó de lo hacer, como quiera que otro día tenía en la voluntad de partir de allí. En este espacio de tiempo fué la nave bastecida de todo aquello que convenia llevar, y el caballero de la Verde Espada con el maestro Elisabat, en quien él, despues de Dios, gran fucia de su salud tenía, entró en ella, é despedido de aquella hermosa señora, alzando las velas é dando á los remos, tomaron su viaje, no derechamente á Constantinopla, donde el Emperador era, mas á las insolas de Romanía, que le habian quedado de andar, é á otras del señorío de Grecia, por las cuales el caballero de la Verde Espada andovo asaz tiempo, haciendo grandes cosas en armas, combatiéndose con gentes extrañas; dellos con grandes causas que le movian, por enderezar sus soberbias, é con otros que, á la su gran fama dél, eran venidos á experimentar sus fuerzas con las suyas. Así que, muchas afrentas é peligros pasó, é muchas feridas hobo, las cuales alcanzando la vitoria é honra de todos, por gloria se tenían, é dellas fué curado por aquel gran maestro que consigo llevaba. Pues andando en esta gran revuelta, navegando de unas islas á otras, y de otras á otras, los marineros sintiéndolo por mucha fatiga, al maestro se querellaron dello, y él, diciéndolo al caballero del Enano, acordóse que, como quiera que su voluntad aparejada estoviese en acabar de ver todas aquellas tierras, que pues la de ellos en fatiga lo sentía, que derechamente volviesen en la nao la via de Constantinopla, porque en aquella ida é venida, si Dios no lo contrurbase, llegaria al cabo del año á Grasinda prometido. Con este acuerdo, á placer de todos los de la nave, tomaron el viaje de Constantinopla con viento bueno y enderezado.

En el segundo libro vos contamos cómo el Patin, siendo caballero sin estado alguno, solamente esperando de lo haber despues de la muerte del Suidan, su hermano, que emperador de Roma era, por no tener

(1) El nombre de este célebre maestro, á quien Cervantes alude en el cap. xxxv, parte primera, y otros de su *Quijote*, se halla escrito de diferentes maneras en la edicion de 1534, que principalmente nos sirve de texto: *Helisabat*, *Elisabad* y *Elisabat*. Hemos adoptado esta última leccion, por ser la mas comun y la usada por Cervantes.

hijo que el imperio heredase, oyendo la gran fama de los caballeros que á la sazón en la Gran Bretaña eran al servicio del rey Lisuarte, acordó de se venir á probar con ellos; é como quiera que á la sazón fuese muy enamorado de la reina Sardamira, reina de Cerdeña, é por su servicio aquel camino empezase, llegado á casa del rey Lisuarte, donde muy honradamente, segun su gran linaje, recebido fué, viendo á la muy hermosa Oriana, su hija, que en el mundo par de hermosura no tenía, tanto fué della pagado, que olvidando el viejo amor, siguiendo aquel nuevo, á su padre en casamiento la demandó. Y aunque la respuesta con alguna esperanza honesta fuese, la voluntad del Rey muy apartada de tal juntamiento era; mas él, teniendo que alcanzado habia lo que deseaba, queriendo mostrar sus fuerzas, creyendo ser con ello de aquella señora mas amado, por aquellas tierras á buscar los caballeros andantes para se con ellos combatir se fué, é su desventura, que así lo guió, fué aportar en la floresta donde Amadis aquella sazón, desesperado de su señora, haciendo un llanto muy doloroso estaba; é allí habiendo primero sus razones el Patin, loándose del amor, é Amadis quejándose dél, hobieron su batalla, en la cual el Patin fué en tierra del justar, é despues cobrando el caballo, de un solo golpe dél fué tan mal herido en la cabeza, que llegó muchas veces al punto de la muerte; por causa de lo cual, dejando en pendencia el casamiento de Oriana, se tornó en Roma, donde á poco tiempo, muriendo el Emperador, su hermano, él por emperador tomado fué; é no se le olvidando aquella pasión en que Oriana á su corazon puesto había, creyendo con el mayor estado en que puesto era mas ligeramente la cobrar, acordó de la demandar otra vez al rey Lisuarte en casamiento; lo cual encomendó á un primo suyo, Salustanquidio llamado, príncipe de Calabria, caballero famoso en armas, é con él Brondajel de Roca, su mayordomo mayor, é al arzobispo de Talamancia, é con ellos fasta trecientos hombres, é la reina hermosa Sardamira, con copia de dueñas é doncellas para la guarda de Oriana cuando la trajesen. Ellos, viendo ser aquella voluntad del Emperador, comenzaron á aderezar las cosas convenientes al camino; lo cual adelante mas largo se contará.

CAPITULO XI.

De cómo el caballero de la Verde Espada, despues de partido de Grasinda para ir á Constantinopla, le forzó fortuna en el mar, de tal manera, que le arribó en la insola del Diablo, donde halló una bestia fiera, llamada Endriago.

Por la mar navegando el caballero de la Verde Espada con su compañía la via de Constantinopla, como oído habeis, con muy buen viento, súbitamente tornando al contrario, como muchas veces acaece, fué la mar tan embravecida, tan fuera de compás, que ni la fuerza de la fusta, que grande era, ni la sabiduría de los mareantes no pudieron tanto resistir, que muchas veces en peligro de ser anegada no fuese; las lluvias eran tan espesas é los vientos tan apoderados, y el cielo tan escuro, que en gran desesperacion estaban de ser las vidas remediadas por ninguna manera, ni lo podian creer,

así él como el maestro Elisabat é los otros todos, si no fuese por la gran misericordia del muy alto Señor, é muchas veces la fusta, así de día como de noche, se les henchía de agua, que no podían sosegar, ni comer ni dormir sin grandes sobresaltos, pues otro concierto alguno en ella no había sino aquel que la fortuna le placía que tomase. Así andovieron ocho días, sin saber ni atinar á cuál parte de la mar andoviesen, sin que la tormenta un punto ni momento cesase; en cabo de los cuales, con la gran fuerza de los vientos, una noche, antes que amaneciese, la fusta á la tierra llegada fué tan reciamente, que por ninguna guisa la podían despegar; esto dió gran consuelo á todos, como si de muerte á la vida tornados fueran; mas la mañana venida, reconociendo los marineros en la parte que estaban, sabiendo ser allí la insola que del Diablo se llamaba, donde una bestia fiera toda la había despoblado, en dobladas angustias y dolores sus ánimos fueron, teniendo en muy mayor grado de peligro que el que en la mar esperaban; é firiéndose con las manos en los rostros, llorando fuertemente, al caballero de la Verde Espada se vinieron, sin otra cosa le decir; él, muy maravillado de ser así su alegría en tan gran tristeza tornada, no sabiendo la causa dello, estaba como embarazado, preguntándoles qué cosa tan súpita y breve tan presto su placer en gran lloro mudara. «Oh caballero! dijeron ellos, tanta es la tribulación, que las fuerzas no bastan para la recontar. Mas cuéntela ese maestro Elisabat, que bien sabe por qué razón esta insola del Diablo tiene nombre.»

El maestro, que no menos turbado que ellos era, esforzado por el caballero del Enano, temblando sus carnes, turbada la palabra, con mucha gravedad y temor contó al caballero lo que saber quería, diciendo así: «Señor caballero del Enano, sabed que desta insola á que aportados somos fué señor un gigante, Bandaguido llamado, el cual con su braveza grande y esquividad hizo sus tributarios á todos los mas gigantes que con él comarcaban. Este fué casado con una gigante mansa, de buena condicion, é tanto cuanto el marido con su maldad de enojo é cruera hacia á los cristianos, matándolos y destruyéndolos, ella con piedad los reparaba cada que podía. En esta dueña hobo Bandaguido una hija, que despues que en talle de doncella fué llegada, tanto la natura la ornó é acrescentó en hermosura, que en gran parte del mundo otra mujer de su grandeza ni sangre que su igual fuese no se podía fallar. Mas como la gran hermosura sea luego junta con la vanagloria, é la vanagloria con el pecado, viéndose esta doncella tan graciosa é lozana, é tan apuesta é digna de ser amada de todos, é ninguno, por la braveza del padre, no la osaba emprender, tomó por remedio postrimero amar de amor feo é muy desleal á su padre; así que, muchas veces, siendo levantada la madre de cabe su marido, la hija viniendo allí, mostrándole mucho amor, burlando é riendo con él, lo abrazaba y besaba. El padre luego al comienzo aquello tomaba con aquel amor que de padre á hija se debía; pero la muy gran continuacion, é la gran hermosura demasiada suya, é la muy poca conciencia é virtud del padre, dieron causa que, sentido por él á qué tiraba el pensamiento de la hija,

que aquel malo y feo deseo della hobiese efeto. De donde debemos tomar ejemplo que ningun hombre en esta vida tenga tanta confianza de sí mismo, que deje de esquivar é apartar la conversacion é contratacion, no solamente de las parientas y hermanas, mas de sus propias hijas; porque esta mala pasión, venida en el extremo de su natural encendimiento, pocas veces el juicio, la conciencia, el temor, son bastantes de le poner tal freno con que la retraer puedan. De este pecado tan feo é yerro tan grande se causó luego otro mayor. Así como acaece á aquellos que, olvidando la piedad de Dios, é siguiendo la voluntad del enemigo malo, quieren con un gran mal remediar otro, no conociendo que la melecina verdadera del pecado es el arrepentimiento verdadero é la penitencia, que le hace ser perdonado de aquel alto Señor que por semejantes yerros se puso, despues de muchos tormentos, en la cruz, donde como hombre verdadero murió, é fué como verdadero Dios resuscitado. Que siendo este malaventurado padre en el amor de la hija encendido, y ella asimesmo en el suyo, porque mas sin empacho el su mal deseo podiesen gozar, pensaron de matar á aquella noble dueña, su mujer dél y madre della; siendo el Gigante avisado de sus falsos ídolos, en quien él adoraba, que si con su hija casase, sería engendrada una tal cosa en ella la mas brava y fuerte que en el mundo se podría fallar; é poniéndolo por obra aquella malaventurada hija, que su madre mas que á sí misma amaba, andando por una huerta con ella fablando, fingiendo la hija ver en un pozo una cosa extraña, é llamando á la madre que lo viese, dióle de las manos, y echándola á lo hondo, en poco espacio ahogada fué. Ella dió voces, diciendo que su madre cayera en el pozo; allí acudieron todos los hombres, y el Gigante, que el engaño sabia, é como vieron la señora, que muy amada de todos ellos era, muerta, hicieron grandes llantos; mas el Gigante les dijo: No fagais duelo; que esto los dioses lo han querido, é yo tomaré mujer en quien será engendrada tal persona por donde todos serémos muy temidos y enseñoreados sobre aquellos que mal nos quieren.

»Todos callaron, con miedo del Gigante, é no osaron hacer otra cosa. E luego ese día públicamente ante todos tomó por su mujer á su hija Bandaguida, en la cual aquella malaventurada noche fué engendrada una animalia, por ordenanza de los diablos, en quien ella é su padre é marido creían, de la forma que aquí oiréis. Tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas, sobrepuestas unas sobre otras, tan fuertes, que ninguna arma las podía pasar, é las piernas é piés eran muy gruesos y recios, y encima de los hombros había alas tan grandes, que fasta los piés le cobrian, é no de péñolas, mas de un cuero negro como la pez, luciente, belloso, tan fuerte, que ninguna arma las podía empecer, con las cuales se cobria como lo ficiere un hombre con un escudo; y debajo dellas le salían brazos muy fuertes, así como de leon, todos cobiertos de conchas mas menudas que las del cuerpo, é las manos había de hechura de águila, con cinco dedos, é las uñas tan fuertes é tan grandes, que en el mundo nos podía ser cosa tan fuerte que entre ellas en-

trase, que luego no fuese desfecha. Dientes tenía dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salían, é los ojos grandes y redondos muy bermejos como brasas; así que, de muy lueño, siendo de noche, eran vistos, é todas las gentes huían dél. Saltaba é corria tan ligero, que no había venado que por piés se le pudiese escapar; comía y bebía pocas veces, é algunos tiempos ningunas, que no sentía en ello pena ninguna; toda su holganza era matar hombres é las otras animalias vivas, é cuando fallaba leones é osos, que algo se le defendían, tornaba muy sañudo, y echaba por sus narices un humo tan espantable, que semejava llamas de fuego, é daba unas voces roncadas, espantosas de oír; así que, todas las cosas vivas huían ant'él como ante la muerte; olía tan mal, que no había cosa que no emponzoñase. Era tan espantoso cuando sacudia las conchas unas con otras, é facía crujir los dientes é las alas, que no parecía sino que la tierra facía estremecer. Tal es esta animalia, Endriago llamado, como os digo, dijo el maestro Elisabat. É aun mas vos digo, que la fuerza grande del pecado del Gigante y de su hija causó que en él entrase el enemigo malo, que mucho en su fuerza é cruera acrecienta.»

Mucho fué maravillado el caballero de la Verde Espada desto que el maestro le contó de aquel diablo, Endriago llamado, nascido de hombre y de mujer, é la otra gente muy espantados; mas el caballero le dijo: «Maestro, pues ¿cómo cosa tan desemejada pudo ser nascida de cuerpo de mujer?—Yo os lo diré, dijo el maestro, segun se falla en un libro que el emperador de Constantinopla tiene, cuya fué esta insola, é hala perdido porque su poder no basta para matar este diablo. Sabed, dijo el maestro, que sintiéndose preñada aquella Bandaguida, lo dijo al Gigante, y él hobo dello mucho placer, porque via ser verdad lo que sus dioses le dijeran; é así creía que sería lo al. E dijo que eran menester tres ó cuatro amas para lo que pariese, pues que había de ser la mas fuerte cosa que hobiese en el mundo. Pues creciendo aquella mala criatura en el vientre de la madre, como era hechura é obra del diablo, faciala adolecer muchas veces, é la color del rostro y de los ojos eran jaldados, de color de ponzoña; mas todo lo tenía ella por bien, creyendo que, segun los dioses lo habían dicho, que sería aquel su hijo el mas fuerte é mas bravo que se nunca viera, y que si tal fuese, que buscaría manera alguna para matar á su padre y que se casaría con el hijo; que este es el mayor peligro de los malos, enviciarse é deleitarse tanto en los pecados, que aunque la gracia del muy alto Señor en ellos espira, no solamente no la sienten ni la conocen, mas como cosa pesada y extraña la aborrescen y desechan, teniendo el pensamiento é la obra en siempre crecer en las maldades como sujetos y vencidos dellas. Venido pues el tiempo, parió un hijo, é no con mucha premia, porque las malas cosas fasta la fin siempre se muestran agradables. Cuando las amas que para le criar aparejadas estaban vieron criatura tan desemejada, mucho fueron espantadas, pero habiendo gran miedo del Gigante, callaron y envolviéronle en los paños que para él tenían, é atreviéndose

una dellas mas que las otras, dióle la teta, y él la tomó, é mamó tan fuertemente, que la hizo dar grandes gritos; é cuando se lo quitaron cayó ella muerta de la mucha ponzoña que la penetrara. Esto fué dicho luego al Gigante, é viendo aquel su hijo, maravillóse de tan desemejada criatura, é acordó de preguntar á sus dioses por qué le dieran tal hijo; é fué al templo donde los tenía, y eran tres, el uno figura de hombre, y el otro de leon, y el tercero de grifo, é faciendo sus sacrificios, les preguntó por qué le habían dado tal hijo. El ídolo que era figura de hombre le dijo: Tal convenia que fuese, porque así como sus cosas serán extrañas é maravillosas, así conviene que lo sea él, especialmente en destruir los cristianos, que á nosotros procuran de destruir, é por esto yo le dí de mi semejanza en le facer conforme al albedrío de los hombres, de que todas las bestias carecen. El otro ídolo le dijo: Pues yo quisé dotarle de gran braveza é fortaleza, como los leones lo tenemos. El otro dijo: Yo le dí las é uñas é ligereza sobre cuantas animalias serán en el mundo. Oído esto por el Gigante, dijoles: ¿Cómo lo criaré, que el ama fué muerta luego que le dió la teta? Ellos le dijeron: Faz que las otras dos amas le dén á mamar, y estas tambien morirán; mas la otra que quedare, crielo con la leche de tus ganados fasta un año; y en este tiempo será tan grande é tan fermoso como lo somos nosotros, que hemos sido causa de su engendramiento; y cata que te defendemos que por ninguna guisa tú ni tu mujer ni otra persona alguna no lo vean en todo este año, sino aquella mujer que te decimos que dél cure. El Gigante mandó que lo ficiessen así como los ídolos gelo dijeron; y desta forma fué criada aquella esquivada bestia como ois.

»En cabo del año, que sopo el Gigante del ama cómo era muy crecido, é oíanle dar unas voces roncadas y espantosas, acordó con su hija, que tenía por mujer, de ir á verlo, é luego entraron en la cámara donde estaba, é vieronle andar corriendo é saltando. E como el Endriago vió á su madre vino para ella, é saltando, echóle las uñas al rostro é fendióle las narices y quebróle los ojos, é antes que de sus manos saliese fué muerta. Cuando el Gigante lo vió, puso mano á la espada para lo matar, é dióse con ella en la una pierna tal ferida, que toda la tajó, é cayó en el suelo, é á poco rato fué muerto. El Endriago saltó por cima dél, é saltando por la puerta de la cámara, dejando toda la gente del castillo emponzoñados, se fué á las montañas, é no pasó mucho tiempo que los unos muertos por él, é los que barcas é fustas pudieron haber para fuir por la mar, que la insola no fuese despoblada, é así lo está pasa ya de cuarenta años. Esto es lo que yo sé, desta mala y endiablada bestia,» dijo el maestro. El caballero de la Verde Espada dijo: «Maestro, grandes cosas me habeis dicho, é mucho sofre Dios nuestro Señor á aquellos que le desirven; pero, al fin, si se no enmiendan, dales pena tan crecida como ha sido su maldad; é agora os ruego, maestro, que digais de mañana misa, porque yo quiero ver á esta insola, é si él me aderezare, tornarla á su santo servicio.» Aquella noche pasaron con gran espanto, así de la mar, que muy brava era, como del miedo que del Endriago tenían, pen-

sando que saldría á ellos de un castillo que allí cerca tenia, donde muchas veces albergaba; y el alba del día venida, el maestro cantó misa, y el caballero de la Verde Espada la oyó con mucha homildad, rogando á Dios le ayudase en aquel peligro que por su servicio se queria poner; é si su voluntad era que su muerte allí fuese venida, él por la su piedad le hobiese merced al alma. E luego se armó é hizo sacar su caballo en tierra, é Gandalin con él, é dijo á los de la nao: «Amigos, yo quiero entrar en aquel castillo, é si allí hallo el Endriago, combatirle con él, é si no le fallo, miraré si está en tal disposicion para que allí seais aposentados en tanto que la mar face bonanza; é yo buscaré esta bestia por estas montañas, é si della escapo, tornarme he á vosotros; é si no, haced lo que mejor viédes.»

Cuando esto oyeron ellos, fueron muy espantados, mas que de ante eran; porque aun allí dentro en la mar todos sus ánimos no bastaban para sofrir el miedo del Endriago, é por mas afrenta y peligro que la braveza grande de la mar le tenían, y que bastase el de aquel caballero á que de su propia voluntad fuese á lo buscar para se con él combatir; é por cierto todas las otras grandes cosas que dél oyeran é vieran que en armas hecho habia, en comparacion desta en nada lo estimaban; y el maestro Elisabat, que como hombre de letras é de misa fuese, mucho gelo extrañó, trayéndole á la memoria que las semejantes cosas, siendo fuera de la natura de los hombres, por no caer en homicidio de sus ánimas se habian de dejar; mas el caballero de la Verde Espada le respondió que si aquel inconveniente que él decia toviese en la memoria, excusado le fuera salir de su tierra para buscar las peligrosas aventuras; y que si por él algunas habian pasado, sabiéndose que esta dejaba, todas ellas en sí quedaban ningunas; así que, á él le convenia matar aquella mala y desemejada bestia, ó morir como lo debian facer aquellos que dejando su naturaleza á la ajena, iban para ganar prez y honra. Entonces miró á Gandalin, que en tanto que él fablaba con el maestro é con los de la fusta se habia armado de las armas que allí falló para le ayudar, é viole estar en su caballo llorando fuertemente, é díjole: «¿Quién te ha puesto en tal cosa? Desármate; que si lo haces para me servir y me ayudar, ya sabes tú que no ha de ser perdiendo la vida, sino quedando con ella, para que la fortuna de mi muerte puedas recontar en aquella parte que es la principal causa y membranza por donde yo la recibo.» E faciéndole por fuerza desarmarse, fué con él la via del castillo, y entrando en él, falláronlo yermo, sino de las aves, é vieron que habia dentro buenas casas, aunque algunas eran derribadas, é las puertas principales, que eran muy fuertes, y recios candados con que se cerrasen, de lo cual le plogo mucho; é mandó á Gandalin que fuese llamar á todos los de la galea é les dijese el buen aparejo que en el castillo tenían; y él así lo hizo. Todos salieron luego, aunque con gran temor del Endriago, pero que la mar no cesaba de su tormenta, y entraron en el castillo, y el caballero de la Verde Espada les dijo: «Mis buenos amigos, yo quiero ir á buscar por esta insola al Endriago, é si me fuere bien, tocará la bocina Gan-

dalin, y entonces creed que él es muerto é yo vivo; é si mal me va, no será menester de faceros señal alguna; y en tanto cerrad estas puertas é traed alguna provision de la galea; que aquí podeis estar fasta que el tiempo sea para navegar mas enderezado.»

Entonces se partió el caballero de la Verde Espada dellos, quedando todos llorando; mas las cosas de llantos é amarguras que Ardian el su enano facia, esto no se podria decir; que él mesaba su cabellos y feria con sus palmas el rostro, é daba con la cabeza á las paredes, llamándose cativo porque su fuerte ventura lo trajera á servir á tal hombre, que mil veces le llegaba al punto de la muerte, mirando las extrañezas que le via facer, y en aquella donde el emperador de Constantinopla, con todo su gran señorío, no osaba ni podia poner remedio; é como vió que su señor iba por el campo, subióse por una escalera de piedra encima del muro, cuasi sin ningun sentido, como aquel que mucho se dolia de su señor; y el maestro Elisabat mandó poner un altar con las reliquias que para decir misa traía, é hizo tomar cirios encendidos á todos, é fincados de rodillas, rogaban á Dios que guardase aquel caballero que por su servicio dél y por escapar la vida dellos así conocidamente á la muerte se ofrecia. El caballero de la Verde Espada iba, como ois, con aquel esfuerzo y semblante que su bravo corazon le otorgaba, et Gandalin en pos dél, llorando fuertemente, creyendo que los días de su señor con la fin de aquel día la habrian ellos. El caballero volvió á él, é díjole riendo: «Mi buen hermano, no tengas tan poca esperanza en la misericordia de Dios ni en la vista de mi señora Oriana, que así te desesperes; que no solamente tengo delante mí la su sabrosa membranza, mas su propia persona, é mis ojos la veen, y me está diciendo que la defienda yo desta bestia mala. Pues ¿qué piensas tú, mi verdadero amigo, que debo yo hacer? ¿No sabes que en la su vida é muerte está la mia? ¿Consejarme has tú que la deje matar y que ante mis ojos muera? No plega á Dios que tal pensases; é si tú no la vees, yo la veo, que delante mí está, pues si su sola membranza me hizo pasar á mi gran honra las cosas que tú sabes, ¿qué tanto más debe poder su propia presencia?» E diciendo esto, crecióle tanto el esfuerzo, que muy tarde se le facia en no fallar el Endriago; y entrando en un valle de brava montaña y peñas de muchas concavidades, dijo: «Da voces, Gandalin, porque por ellas podrá ser que el Endriago á nosotros acudirá; et ruégote mucho que si aquí moriere, procures de llevar á mi señora Oriana aquello que es suyo enteramente, que será mi corazon; é dile que gelo envío por no dar cuenta ante Dios de cómo lo ajeno llevaba conmigo.» Cuando Gandalin esto oyó, no solamente dió voces, mas mesando sus cabellos, llorando, dió grandes gritos, deseando su muerte antes que ver la de aquel su señor, que tanto amaba, et no tardó mucho que vieron salir de entre las peñas el Endriago muy mas brayo é fuerte que lo nunca fué; de lo cual fué causa que, como los diablos viesan que este caballero ponía mas esperanza en su amiga Oriana que en Dios, tuvieron logar de entrar mas fuertemente en él y le facer mas sañudo, diciendo ellos: «Si deste le escapa-

mos, no hay en el mundo otro que tan osado ni tan fuerte sea, que tal cosa ose acometer.»

El Endriago venia tan sañudo, echando por la boca humo mezclado con llamas de fuego, é firiendo los dientes unos con otros, faciendo gran espuma é faciendo crujir las conchas é las alas tan fuertemente, que gran espanto era de lo ver. Así hobo el caballero de la Verde Espada, especialmente oyendo los silbos é las espantosas voces roncadas que daba; é como quiera que por palabra gelo señalaran, en comparacion de la vista era tanto como nada; é cuando el Endriago los vió comenzó á dar grandes saltos é voces, como aquel que mucho tiempo pasara sin que hombre ninguno viera, é luego se vino contra ellos. Cuando los caballos del de la Verde Espada y de Gandalin lo vieron, comenzaron á fuir tan espantados, que apenas los podian tener, dando muy grandes bufidos. E cuando el de la Verde Espada vió que á caballo á él no se podia llegar, descendió muy presto é dijo á Gandalin: «Hermano, tente afuera en ese caballo, porque ambos no nos perdamos, et mira la ventura que Dios me traerá dar contra este diablo tan espantable, é me regale que por la su piedad me guie cómo le quite yo de aquí, y sea esta tierra tornada al su servicio; é si aquí tengo de morir, que me haya merced del ánima, y en lo otro faz como te dije.» Gandalin no le pudo responder; tan reciamente lloraba, porque su muerte veia tan cierta, si Dios milagrosamente no lo escapase. El caballero de la Verde Espada tomó su lanza é cubrióse de su escudo como hombre que ya la muerte tenia tragada, perdido todo su pavor, é lo mas que pudo se fué contra el Endriago así á pié como estaba. El diablo, como lo vido, vino luego para él, y echó un fuego por la boca con un humo tan negro, que apenas se podian ver el uno al otro, y el de la Verde Espada se metió por el fumo adelante, y llegando cerca dél, le encontró con la lanza por muy gran dicha en el un ojo; así que, gelo quebró; y el Endriago echó las uñas en la lanza é tomola con la boca é hizola pedazos, quedando el fierro con un poco del asta metido por la lengua é por las agallas; que tan recio vino, que él mesmo se metió por ella; é dió un salto por lo tomar, mas con el desatiento del ojo quebrado no pudo, é porque el caballero se guardó con gran esfuerzo é viveza de corazon, así como aquel que se via en la misma muerte, et puso mano á la su muy buena espada, é fué á él que estaba como desatentado, así del ojo como de la mucha sangre que de la boca le salia, é con los grandes resoplidos y resollidos que daba, todo lo mas de ella se le entraba por la garganta, de manera que cuasi el aliento le quitara, é no podía cerrar la boca ni morder con ella; y llegó á él por el un costado, é dióle tan gran golpe por cima del concás, que le no pareció sino que diera en una peña dura, é ninguna cosa le cortó.

Como el Endriago le vido tan cerca de sí, pensóle de tomar entre sus uñas, é no le alcanzó sino en el escudo, é levólo tan recio, que le hizo dar de manos en tierra; y en tanto que el diablo lo despedazó todo con sus muy fuertes é duras uñas, hobo el caballero de la Verde Espada logar de levantarse, é como sin escudo se vió, é la espada no cortaba ninguna cosa, bien

entendió que su fecho no era nada, si Dios no le enderezase á que el otro ojo le pudiese quebrar; que por otra ninguna parte no aprovechaba nada trabajar de lo ferir, é con saña, pospuesto todo temor, fué para el Endriago, que muy fallecido é flaco estaba, de la mucha sangre que perdía del ojo quebrado; é como las cosas pasadas de su propia servidumbre se caen y perecen, é ya enojado nuestro Señor que el enemigo malo hobiese tenido tanto poder y fecho tanto mal en aquellos que, aunque pecadores, en su santa fe católica creian, quiso darle el esfuerzo é gracia especial, que sin ella ninguno fuera poderoso de acometer ni osar esperar tan gran peligro, á este caballero, para que sobre toda órden de natura diese fin á aquel que á muchos lo habia dado, entre los cuales fueron aquellos malaventurados su padre é madre; y pensando acertarle en el otro ojo con la espada, quisole Dios guiar á que gela metió por una de las ventanas de las narices, que muy anchas las tenia, é con la gran fuerza que puso é la que el Endriago traía, el espada caló tanto, que le llegó á los sesos; mas el Endriago, como le vido tan cerca, abrazóse con él, é con las sus muy fuertes é agudas uñas rompióle todas las armas de las espaldas é la carne é los huesos fasta las entrañas; é como él estaba ahogado de la mucha sangre que bebia, é con el golpe de la espada que á los sesos le pasó, é sobre todo, la sentencia que de Dios sobre él era dada, é no se podia revocar, no se pudiendo ya tener, abrió los brazos é cayó á la una parte como muerto sin ningun sentido. El caballero, como así lo vió, tiró por la espada y metiógela por la boca cuanto más pudo, tantas veces, que lo acabó de matar; pero quiero que sepais que antes que el alma le saliese, salió de su boca el diablo é fué por el aire con muy gran tronido; así que, los que estaban en el castillo lo oyeron como si cabe ellos fuera, de lo cual hobieron gran espanto, é conocieron cómo el caballero estaba ya en la batalla; é como quiera que encerrados estoviesen en tan fuerte lugar, é con tales aldabas é candados, no fueron muy seguros de sus vidas; é si no, porque la mar todavía era muy brava, no osaran allí atender que á ella no se fueran; pero tornáronse á Dios con muchas oraciones que de aquel peligro los sacase, é guardase á aquel caballero que por su servicio cosa tan extraña acometia.

Pues como el Endriago fué muerto, el caballero se quitó afuera, é yéndose para Gandalin, que ya contra él venia, no se pudo tener, é cayó amortecido cabe un arroyo de agua que por allí pasaba. Gandalin, como llegó y le vió tan espantables heridas, cuidó que era muerto, y dejándose caer del caballo, comenzó á dar muy grandes voces, mesándose. Entonces el caballero acordó ya cuanto é díjole: «¡Ay mi buen hermano y verdadero amigo! ya ves que yo soy muerto; yo te ruego por la crianza que de tu padre é madre hobe, é por el gran amor que siempre te he tenido, que me seas buenó en la muerte como en la vida lo has sido, é como yo fuere muerto, tomes mi corazon é lo llevas á mi señora Oriana, é dile que, pues siempre fué suyo, é lo tovo en su poder desde aquel primero día que yo la vi, mientras en este cuitado cuerpo encerrado estovo, é nunca un momento se enojó de la servir, que consigo

lo tenga en remembranza de aquel cuyo fué, aunque como ajeno lo poseia, porque desta memoria allí donde mi ánima estoviere recibirá descanso.» E no pudo hablar mas. Gandalin como así lo vió, no curó de le responder, antes cabalgó muy presto en su caballo, é subiéndose en un otero, tocó la bocina lo mas recio que pudo, en señal que el Endriago era muerto. Ardian el enano, que en la torre estaba, oyólo, é dió muy grandes voces al maestro Elisabat que acorriese á su señor, que el Endriago era muerto. Y él, como estaba apercebido, cabalgó con todo el aparejo que menester era, é fué lo mas presto que pudo por el derecho que el Enano le señaló; é no andovo mucho que vió á Gandalin encima del otero, el cual, como el maestro vió, vino corriendo contra él é dijo: «¡Ay señor! por Dios é por merced acorred á mi señor, que mucho es menester; que el Endriago es muerto.» El maestro cuando esto oyó hobo gran placer con aquellas buenas nuevas que Gandalin decia, no sabiendo el daño del caballero, é aguijó cuanto mas pudo, é Gandalin le guiaba, fasta que llegaron donde el caballero de la Verde Espada estaba, é halláronlo muy desacordado sin ningun sentido, é dando muy grandes gemidos; y el maestro fué á él é díjole: «¿Qué es esto, señor caballero? ¿Dónde es ido el vuestro gran esfuerzo á la hora é sazón que mas menester lo habiades? No temais de morir; que aquí es vuestro buen amigo y leal servidor maestro Elisabat, que os socorrerá.» Cuando el caballero de la Verde Espada oyó el maestro Elisabat, como quiera que muy desacordado estoviese, conociólo é abrió los ojos, é quiso alzar la cabeza, mas no pudo, y levantó los brazos como que le quisiése abrazar.

El maestro Elisabat quitó luego su manto, é tendiólo en el suelo, é tomóronlo él é Gandalin, é puniéndolo encima, le desarmaron lo mas quedo que podieron; é cuando el maestro le vió las llagas, aunque él era uno de los mejores del mundo de aquel menester, é habia visto muchas é grandes heridas, mucho fué espantado y desfuciado de su vida; mas, como aquel que lo amaba y tenia por el mejor caballero del mundo, pensó de poner todo su trabajo por le guarecer, é catándole las heridas, vió que todo el daño estaba en la carne é en los huesos, y que no le tocara en las entrañas. Tomó mayor esperanza de lo sanar, é concertóle los huesos é las costillas, é cosióle la carne, é púsole tales melecinas, é ligóle tan bien todo el cuerpo al derredor, que le fizo restañar la sangre y el aliento que por allí salia, é luego le vino al caballero mayor acuerdo y esfuerzo, de guisa que pudo hablar, é abriendo los ojos, dijo: «¡Oh Señor Dios todopoderoso, que por tu gran piedad quisiste venir en el mundo é tomaste carne humana en la Virgen María, é por abrir las puertas del paraíso, que cerradas las tenían, quisistes sufrir muchas injurias, é al cabo muerte de aquella malvada é malaventurada gente! pídotte, Señor, como uno de los mas pecadores, que hayas merced de mi ánima, que el cuerpo condenado es á la tierra.» E callóse, que no dijo mas. El maestro le dijo: «Señor caballero, mucho me place de os ver con tal conocimiento, porque de aquel que vos pedis merced os ha de vernir la verdadera melecina, y despues de mí, como de su siervo, que

porné mi vida por la vuestra, y con su ayuda yo daré guarido, y no temais de morir esta vez, solamente que os esforceis vuestro corazon que tenga esperanza de vivir, como la tiene de morir.» Entonces tomó una esponja confacionada contra la ponzoña é púsolela en las narices; así que, le dió gran esfuerzo. Gandalin besaba las manos al maestro, hincado de rodillas ante él, rogándole que hobiese piedad de su señor. El maestro le mandó que cabalgando en su caballo, se fuese presto al castillo é trajese algunos hombres para que en andas llevasen al caballero ante que la noche sobreviniere. Gandalin así lo hizo, y venidos los hombres, hicieron unas andas de los árboles de aquella montaña como mejor podieron, é poniendo en ellas al caballero de la Verde Espada, en sus hombros al castillo lo llevaron, é aderezando la mejor cámara que allí habia de ricos paños, que Grasinda allí en la nave mandara poner, le posieron en su lecho con tanto desacuerdo, que no lo sentia. E así estovo toda la noche, que nunca habló, dando grandes gemidos, como aquel que bien llagado estaba; é queriendo hablar mas, no podia.

El maestro mandó hacer allí su cama, y estovo con él por consolarle; poniéndole tales y tan convenientes melecinas para le sacar aquella muy mala ponzoña que del Endriago cobrara, que al alba del día le hizo venir un muy sosegado sueño: tales é tan buenas cosas le puso; é luego mandó quitar todos afuera, porque no lo despertasen, porque sabia que aquel sueño le era mucha consolacion. E á cabo de una gran pieza, el sueño rompido, comenzó á dar voces con gran presuranza, é diciendo: «¡Gandalin! Gandalin! guárdate deste diablo tan cruel é malo, no te mate. El maestro, que lo oyó, fué á él riendo y de muy buen talante, mejor que en el corazon lo tenia, temiendo todavía su vida, é dijo: «Si así os guardárades vos como él, no sería vuestra fama tan divulgada por el mundo.» El alzó la cabeza é vió al maestro, é díjole: «Maestro, ¿dónde estamos?» El se llegó á él, é tomóle por las manos, é vió que aun desacordado estaba; é mandó que le trajesen de comer, é dióle lo que via que para lo esforzar era necesario, y él lo comió como hombre fuera de sentido. El maestro estovo con él poniéndole tales remedios como aquel que era de aquel oficio el mas natural que en el mundo se fallar podría. E antes que hora de vísperas fuese, le tornó en todo su acuerdo, de manera que á todos conocia é hablaba, y el maestro nunca dél se partió, curando dél, é poniéndole tantas cosas necesarias á aquella enfermedad, que así con ellas, como principalmente con la voluntad de Dios, que lo quiso, vió conocidamente en las llagas que lo podría sanar. E luego lo dijo á todos los que allí estaban, que muy gran placer hobieron, dando gracias á aquel soberano Dios porque así los habia librado de la tormenta de la mar y del peligro de aquel diablo. Mas sobre todos era el alegría de Gandalin, su leal escudero, y el Enano, como aquellos que de corazon entrañable lo amaban, é tornaron de muerte á vida; é luego todos se posieron al derredor, con mucho placer, de la cama del caballero de la Verde Espada, consolando, diciéndole que no toviere en nada el mal que tenia, segun la honra é buena ventura que Dios le habia dado; la cual fasta entonces,

en caso de armas é de esfuerzo, nunca diera á hombre terrenal que igual le fuese. E rogaron muy afincadamente á Gandalin les quisiere contar todo el hecho como habia pasado, pues que con sus ojos lo habia visto, porque sopiesen dar cuenta de tan gran proeza de caballero; y él les dijo que lo faria de muy buena voluntad, á condición que el maestro le tomase juramento en los santos Evangelios porque ellos lo creyesen é con verdad lo posiesen por escrito, é una cosa tan señalada y de tan gran fecho no quedase en olvido de la memoria de las gentes. El maestro Elisabat así lo hizo, por ser mas cierto de tan gran hecho. E Gandalin se lo contó todo enteramente, así como la historia lo ha contado; é cuando lo oyeron, espantábanse dello, como de cosa de la mayor hazaña de que nunca oyeran hablar; é aun ninguno dellos nunca viera al Endriago, que entre unas matas estaba caido, é por socorrer al caballero no podieron entender en al.

Entonces dijeron todos que querian ver el Endriago, y el maestro les dijo que fuesen, é dióles muchas confeciones para remediá la ponzoña. E cuando vieron una cosa tan espantable é tan desemejada de todas las otras cosas vivas que fasta allí ellos vieran, fueron mucho mas maravillados que ante; é no podian creer que en el mundo hobiese tan esforzado corazon que tan gran diablura osase acometer. Y aunque cierto sabian que el caballero de la Verde Espada lo habia muerto, no les parecia sino que lo soñaban; y desque una gran pieza lo miraron, tornáronse al castillo, razonando unos con otros de tan gran hecho poder acabar aquel caballero de la Verde Espada. ¿Qué vos diré? Sabed que allí estovieron mas de veinte días; que nunca el caballero de la Verde Espada hobo tanta mejoría, que del lecho donde estaba le osasen levantar. Pero como por Dios su salud permitida estoviese, é la gran diligencia de aquel maestro Elisabat la acrecentase, en este medio tiempo fué tan mejorado, que sin peligro alguno pudiera entrar en la mar; é como el maestro en tal disposicion le viese, habló con él un día, é díjole: «Mi señor, ya, por la bondad de Dios, que lo ha querido, que otro no fuera poderoso, vos sois llegado á tal punto, que yo me atrevo, con su ayuda é vuestro buen esfuerzo, de os meter en la mar, y que vais donde vos ploguiere; y porque nos faltan algunas cosas muy necesarias, así para lo que toca á vuestra salud como para sostenimiento de la gente, es menester que se dé orden para el remedio dello; porque mientras mas aquí estoviéremos, mas cosas nos faltarán.» El caballero del Enano le dijo: «Señor é verdadero amigo, muchas gracias y mercedes doy á Dios porque así me ha querido guardar de tal peligro, mas por la su santa piedad que por mis merecimientos; é al su gran poder no se puede comparar ninguna cosa, porque todo es permitido é guiado por su voluntad, é á él se deben atribuir todas las buenas cosas que en este mundo pasan; é dejando lo suyo aparte, á vos, mi señor, agradezco yo mi vida; que ciertamente yo creo que ninguno de los que hoy son nascidos en el mundo no fuera bastante para me poner el remedio que vos me posistes. E como quiera que Dios me haya hecho tan gran merced, mi ventura me es muy contraria, que el galardón de tan gran

beneficio como de vos he recibido no lo pueda satisfacer sino como un caballero pobre, que otra cosa sino un caballo é unas armas posee, así rotas como las veis.» El maestro le dijo: «Señor, no es menester para mí otra satisfacion sino la gloria que yo conmigo tengo, que es haber escapado de muerte, despues de Dios, el mejor caballero que nunca armas trajo. Y esto ó solo decir delante, por lo que delante mí habeis fecho; y el galardón que yo de vos espero, es muy mayor que el que ningun rey ni señor grande me podría dar; que es el socorro que en vos hallarán muchas é muchos cuitados que os habrán menester para su ayuda, á los cuales vos socorreis; é será para mí mayor ganancia que otra ninguna, siendo causa, despues de Dios, de su reparo.»

El caballero de la Verde Espada hobo vergüenza de que se oyó loar, é dijo: «Mi señor, dejando esto en que hablamos, quiero que sepais en lo que mas mi voluntad se determina. Yo quisiera andar todas las insolas de Romanía, é por lo que dejistes de la fatiga de los marineros mudé el propósito, é volvimos la via de Constantinopla, la cual, el tiempo tan contrario que vistes nos la quitó; y pues que ya es abonado, todavía tengo deseo de á él tornar, é ver aquel grande emperador, porque si Dios me tornare donde mi corazon desea, sepa contar algunas cosas extrañas, que pocas veces se puede ver sino en semejantes casas. Y, mi señor maestro, por el amor que me habeis, os ruego que en esto no recibais enojo, porque algun día será de mí galardonado; é de allí que nos tornemos, placiendo al soberano Señor Dios, al plazo que aquella muy noble señora Grasinda me puso; porque me es fuerza de lo cumplir, como vos bien sabeis, para que, si ser podiere, segun el deseo tengo, le pueda servir algunas de las grandes mercedes que della, sin gelo merecer, tengo recibidas.»

CAPITULO XII.

De cómo el caballero de la Verde Espada escribió al emperador de Constantinopla, cuya era aquella insola, cómo habia muerto aquella fiera bestia, y de la falta que tenia de bastimentos; lo cual el Emperador proveyó con mucha diligencia, é al caballero pagó con mucha honra é amor la honra é servicio que le habia hecho en le delibrar aquella insola, que perdida tenia tanto tiempo habia.

«Pues que esta es vuestra voluntad, Señor, dijo el maestro Elisabat, menester es que escribais al Emperador de cómo os ha acaecido, é traerán de allá algunas cosas que para el camino nos faltan.— Maestro, dijo él, yo nunca le vi ni conozco, y por esto lo remito todo á vos, que fagais lo que mejor os pareciere, y en esto recibiré de vos una señalada merced.» El maestro Elisabat, por le complacer, escribió luego una carta, haciendo saber al Emperador todo lo que al caballero extraño, llamado el de la Verde Espada, acaeciera despues que de Grasinda, su señora, se partió; é cómo, habiendo fecho muy grandes cosas en armas por las insolas de Romanía, las que otro caballero ninguno hacer podiera, se iban la via donde él estaba; é cómo la gran tormenta de la mar los echara á la insola del Diablo, donde el Endriago era; é cómo aquel caballero de la Verde Espada, de su propia voluntad, contra el querer de todos ellos, lo habia buscado, é combatiéndose